

T EL CUARTO
DE LAS
MARAVILLAS



DAVID RUNCIMAN

Traducción de Marta Alcaraz

T
TURNER

Título original en inglés:

Politics

© David Runciman, 2014

Ilustraciones de cubierta e interior:

© Cognitive Media LTD, 2014

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2014

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

De la traducción:

© Marta Alcaraz

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Maquetación:

David Anglès

Impreso en España

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-84-16142-15-6

Depósito legal: M-25699-2014

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------------|-----|
| INTRODUCCIÓN: POLÍTICA | 9 |
| CAPÍTULO 1: VIOLENCIA | |
| Consenso y coacción | 19 |
| La invención del estado | 24 |
| El dilema de las manos sucias | 43 |
| Los peligros de la paz | 58 |
| CAPÍTULO 2: TECNOLOGÍA | |
| La revolución tecnológica | 73 |
| Google frente al gobierno | 85 |
| La tecnocracia frente a la democracia | 97 |
| La nueva aristocracia | 113 |
| CAPÍTULO 3: JUSTICIA | |
| Peor imposible | 125 |
| Éste no es el fin de la historia | 142 |
| Niños que se ahogan | 156 |
| Un gobierno para el mundo | 166 |
| EPÍLOGO: CATÁSTROFE | |
| Referencias bibliográficas | 185 |
| Lecturas complementarias | 188 |

DINAMARCA 2013



INTRODUCCIÓN POLÍTICA

SEGURIDAD
SOCIAL



HOSPITALES



SISTEMA DE
TRANSPORTE

La política importa.

Vivir hoy en Siria significa estar atrapado en una especie de infierno: una vida aterradora, violenta, impredecible, miserable y, para demasiados sirios, muy corta. Mientras escribo estas líneas, el número de fallecidos en la guerra civil se sitúa entre los ochenta mil y los doscientos mil. (La brecha entre estas cifras da la medida de la gravedad de la situación: los muertos han desaparecido en una nube de desinformación.) El número de desplazados asciende a varios millones, y casi todos los habitantes del país han visto su calidad de vida drásticamente reducida por culpa de la violencia (se calcula que en 2014 el desempleo afectará al sesenta por ciento de la población). En estos momentos, nadie en su sano juicio elegiría vivir en Siria.

SIRIA 2014

LA CULPABLE
DE TODOS LOS
MALES

VÍCTIMAS
SIRIAS

8    

NO INVENTAMOS
LOS CONFLICTOS
ÉTNICOS
Y RELIGIOSOS



Quien tenga la suerte de vivir en Dinamarca disfrutará de lo que, según cualquier parámetro histórico, parece una versión del paraíso: en ese país la vida es cómoda, próspera, segura y civilizada. Y muy larga. Los magníficos restaurantes de Dinamarca, sus programas de televisión, su refinada tradición del diseño, sus generosas prestaciones sociales y su estilo de vida, tan ecológico, despiertan la envidia del mundo entero. Dinamarca se sitúa a la cabeza de las clasificaciones internacionales en lo que a calidad de vida y satisfacción de los ciudadanos se refiere; según ellos mismos anuncian con cierta regularidad, los daneses son más felices que nadie. Tal vez no todo el mundo elegiría vivir en Dinamarca: como tantas otras versiones del paraíso, tiene la desventaja de ser un lugar un poquito aburrido. Pero sin tener en cuenta otras consideraciones, seguro que, entre Dinamarca y Siria, nos decantaríamos por la primera sin pensárnoslo dos veces.



No es que los daneses sean mejores personas que los sirios. No son intrínsecamente más amables ni más inteligentes: la gente, a grandes rasgos, es igual en todas partes. A los daneses tampoco les han tocado en suerte más recursos naturales que a los demás. Al contrario: Siria forma parte del creciente fértil que fuera cuna de la civilización; Dinamarca, en cambio, es un inhóspito enclave nórdico con pocos recursos naturales propios. En Dinamarca abundan las cosas bonitas, pero muy pocas crecen en su suelo. (Los restaurantes que le han dado a Dinamarca su fama gastronómica están especializados en productos locales, pero los transforman mediante la tecnología; a nadie se le ocurriría pagar semejantes precios por lo que da la tierra del país.)

Lo que distingue a Dinamarca de Siria es la política. La política ha contribuido a que Dinamarca sea lo que es. Y también ha contribuido a que Siria sea lo que es.

La afirmación de que la política cambia las cosas no significa que se le pueda atribuir todo lo bueno de un lugar y todo lo malo de otro. Los daneses no son felices porque la política los haga felices: en Dinamarca, por lo visto, los políticos suscitan tantas molestias y preocupaciones como en cualquier otro lugar del mundo. Los políticos daneses pueden adjudicarse parte del mérito de su sistema de transporte o de su seguridad social, pero no pueden presumir como artífices de la reputación de los restaurantes de su país o de la pasión que despierta su diseño. Asimismo, aunque los políticos sirios actuales son los culpables de buena parte de la miseria que azota el país, no son ellos quienes inventaron los enfrentamientos religiosos y étnicos que instigan la violencia. La guerra civil que enfrenta a sunitas y chiitas se alimenta de pro-

fundas diferencias históricas y culturales, y su desencadenante han sido los efectos imprevistos de la recesión y la sequía. La política no crea las pasiones y los odios humanos, y tampoco tiene la culpa de las catástrofes naturales o de las recesiones económicas, pero puede agudizarlas o mitigarlas. Ahí sí que la política cambia las cosas.

La Dinamarca de hoy parece disfrutar de estabilidad política porque sus habitantes no tienen nada importante por lo que pelearse. Puede que, como muchos europeos, los daneses le pongan reparos a la inmigración, pero si la comparamos con Siria, veremos que Dinamarca carece de las brechas étnicas o culturales que podrían desatar una guerra civil. Además de pacífica y próspera, la danesa es una sociedad esencialmente laica: aunque de vez en cuando la religión interfiere en la vida pública, nunca la eclipsa. Pero Dinamarca no siempre fue así. Hace quinientos años el país recordaba a la Siria de hoy: un lugar convulso, pobre y precario, azotado por conflictos religiosos y enfrentamientos violentos. Durante los siglos XVI y XVII, cuando Dinamarca, como el resto de Europa, sufría desmembramientos periódicos, la elección entre Dinamarca o Siria no habría sido nada fácil: la vida no valía gran cosa en ningún lado, y en todo caso, el lugar auténticamente peligroso era Dinamarca, debido a sus interminables escaramuzas con los vecinos escandinavos. Durante buena parte de su historia, Dinamarca estuvo en una encrucijada de guerras europeas. Las actuales fronteras de Siria son un constructo arbitrario que potencias rivales ganadoras le impusieron al país. Igual que las de Dinamarca.

Con todo, Dinamarca realizó la transición de la guerra a la paz y de una economía de subsistencia a otra próspera, y lo consiguió gracias a la creación de instituciones

sociales y políticas que permitieron a sus habitantes convivir pacíficamente, tanto entre ellos como con sus vecinos. La explicación del proceso no es sencilla, y la clave está en que una buena política es a la vez causa y consecuencia de esa transición. La política funciona en Dinamarca porque ha vuelto a los daneses más tolerantes, pero también porque los daneses han aprendido a tolerarla. Las configuraciones políticas que mejor funcionan siempre tienen dos caras: por un lado, una política fruto de unas instituciones estables, esto es, discusiones y enfrentamientos que no acaban en guerra; por otro lado, una política que da lugar a unas instituciones estables, esto es, debates y pactos que impiden la guerra. La política no puede reducirse a un conjunto de instituciones; la política precede a las instituciones y también surge de ellas.

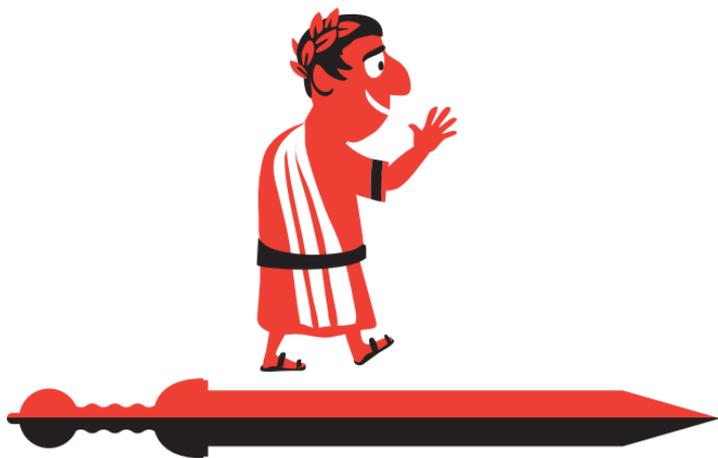
Lo que estas dos caras de la vida política tienen en común es que en ambas están presentes la elección y la restricción. La política se define tanto por las elecciones colectivas que llevan a grupos de personas a vivir de una determinada manera, como por las obligaciones colectivas que permiten a los ciudadanos elegir la vida que quieren llevar. Sin verdadera capacidad de elección no hay política. Si las instituciones políticas que de verdad funcionan no fueran más que el producto automático de unas circunstancias históricas particulares –dadme el clima, la cultura, la economía, la religión y la demografía convenientes, y yo os daré la democracia–, la vida sería mucho más sencilla. Pero no lo es tanto. Las instituciones políticas dependen de elecciones humanas, y los seres humanos jamás perderán la capacidad de meter la pata. Si, por otra parte, unas instituciones políticas adecuadas acabaran con la necesidad de elegir –dadme la democracia y

yo os daré paz, prosperidad, restaurantes elegantes y una vida tranquila–, la vida también sería más sencilla y mucho más aburrida. Pero incluso en Dinamarca el correcto funcionamiento de las instituciones políticas depende de las elecciones de la gente: de las elecciones que hacen los políticos y los votantes, de las elecciones sobre las leyes que se adoptan y sobre si hay que obedecerlas. Algunas de estas elecciones pueden resultar difícilísimas: hasta en los países prósperos y felices algunas decisiones políticas son cuestión de vida o muerte. En política nada sucede de forma automática; todo depende de la interacción contingente entre elección y restricción: restricción en un marco de elección, elección en un marco de restricción.

Se podría decir, entonces, que lo que distingue a Siria de Dinamarca es sencillo: la política. También se podría decir que lo que distingue a Siria de Dinamarca es complejo: la política. En este libro pretendo salvar la distancia entre la sencillez y la complejidad respondiendo a tres grandes preguntas. En primer lugar: ¿cómo puede una misma palabra –*política*– aplicarse a sociedades tan distintas como la segura y aburrida Dinamarca y la caótica y miserable Siria? ¿Qué tienen en común el infierno y el paraíso? La idea de que un país representa la ausencia de la política (el paraíso) y el otro su fracaso (el infierno) resulta tentadora, pero en realidad los dos países ponen de manifiesto las dos caras de la política. En el primer capítulo me propongo mostrar lo que tienen en común: el control de la violencia, la característica que define cualquier sociedad política. Reflexionar sobre la violencia es un punto de partida para preguntarse cuál es el origen de la política, qué la distingue de otras actividades y por qué todavía tiene la capacidad de cambiar las cosas.

En segundo lugar: ¿cómo puede la política cambiar las cosas en estos tiempos de vertiginoso progreso tecnológico que vivimos? Dinamarca es un actor minúsculo en la economía globalizada, pero hasta los grandes –China, Estados Unidos– parecen en manos de fuerzas mucho más poderosas: el mercado, internet, el medio ambiente. Muchísimas cosas parecen fuera del control de los políticos. ¿Qué papel le queda reservado a la política, entonces, ante una revolución tecnológica global? El segundo capítulo explora la relación entre la política y la tecnología al examinar el impacto que ejercen la una sobre la otra. La tecnología suele aparecer a la cabeza, con la política intentando darle alcance. La tecnología es muy difícil de controlar, pero, y eso no ha cambiado, los únicos que pueden controlarla son los políticos.

En tercer lugar: si de verdad la política puede cambiar las cosas, ¿por qué toleramos esas diferencias tan abismales entre estados, entre los mejores y los peores? ¿Por qué no nos esforzamos por lograr que Siria se parezca



más a Dinamarca? Existen dificultades de índole práctica, por supuesto. Pero no solo se trata de una cuestión práctica: también es una cuestión básica de justicia. En sus esperanzas, en sus metas y en lo que necesitan para alcanzarlas, los seres humanos no son tan distintos. Y sin embargo, la brecha mundial entre los más ricos y los más pobres es mayor que nunca. ¿Por qué no se esfuerzan los políticos por rescatar a los dos mil millones de personas que todavía viven (y mueren) con menos de dos dólares al día? El tercer capítulo examina la cuestión moral que debemos plantearnos sobre nuestros políticos y también sobre nosotros mismos: ¿por qué toleramos tanta injusticia? La política y la ética no son lo mismo, pero la ética incide en la política tanto como en el resto de nuestras actividades. Al fin y al cabo, la ética pone en evidencia los límites de la política: no puede haber justicia sin política, pero la política todavía no satisface las exigencias de la justicia a gran escala.

El primer capítulo examina la naturaleza de la política (con todo lo que tiene de bueno y de malo), el segundo capítulo explica por qué sigue siendo importante hoy en día (incluso en la era de Google), el tercer capítulo explora sus límites (ante la inmensa desigualdad mundial) y el epílogo aborda los riesgos que se avecinan. El mundo sigue siendo un lugar tremendamente peligroso, aunque en muchos lugares lo es mucho menos que antes. Algunos de los peligros a los que nos enfrentamos no tienen precedentes. ¿Es realista pensar que, en última instancia, la política nos salvará?

